

Dr. Javier Cieza Zevallos

Cristian León-Rabanal¹

Hablar del Dr. Javier Cieza Zevallos, su vida, su obra y su influencia en múltiples generaciones de estudiantes y médicos es y, posiblemente, será una tarea difícil de culminar en el corto plazo.

La trayectoria y el impacto que ha tenido la carrera profesional y docente del Dr. Cieza en la salud de miles de peruanos ha sido tan importante y amplia que faltaría espacio y tiempo para registrar los testimonios de todas y cada una de las personas que de una u otra manera han sido influenciadas por el consejo, por su experiencia y, sobre todo, por su atención y calidez humana.

Al escribir este texto no pensé demasiado acerca de lo que debiera o no debiera decir. Pienso que atender al “deber” cuando se escribe sobre alguien tan estimado por todos, de algún modo desvanece lo que uno como persona es capaz de expresar si es que abre su corazón de tal manera que es él quien habla y no los estándares de la estricta etiqueta.

A lo largo de los muchos años que tuve la suerte de conocer al Dr. Cieza y compartir con él momentos buenos y otros no tan buenos, puedo decir que he sido un hombre bendecido por poder considerar al maestro como un padre, un amigo y un maestro para mí y seguramente para muchos más cuyos caminos en la vida personal y profesional han sido marcados por su ejemplo, sus consejos y su sabiduría.

¹ Médico nefrólogo del Hospital Cayetano Heredia. Profesor auxiliar, Facultad de Medicina, Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, Perú.



Si me permiten, quiero citar un texto tomado de William Ospina en su “Carta al maestro desconocido”:

Los gobiernos suelen confiar a los guerreros la misión de salvar a sus pueblos. “Salve usted la patria”, le dicen a un hombre a caballo que tiene una lanza en la mano, y que tiene el deber heroico de desbaratar a grupos feroces de enemigos armados. Hoy, la situación ... es otra. Es el maestro el que tiene el deber y la posibilidad de salvar a la sociedad. Pero ¿quién es el maestro? No necesariamente alguien que tiene una profesión y a quien se le paga por enseñar: yo creo que en todos nosotros tiene que haber un maestro, así como en todos tiene que haber un alumno. Es tanto lo que hay por aprender que nadie puede darse el lujo de ser solamente el que enseña y nadie puede darse el lujo de ser solamente el que aprende.

Ese ha sido uno de los mensajes que puedo rescatar de las innumerables charlas y reflexiones compartidas durante más de veinte años con el maestro Cieza, uno es maestro de quien quiere aprender y alumno de quien quiera enseñar, y esa forma de ver la vida y la docencia es la que ha motivado a generaciones de médicos a dar todo de su parte por ser los mejores alumnos y los mejores maestros siguiendo su rumbo y su ejemplo.

El legado que nos deja es invaluable, su filosofía de enseñanza, formar más que transmitir conocimientos, experiencias o destrezas y habilidades, infundir en el estudiante actitudes ante la vida, respetar la dignidad de las personas, honrar el trabajo, comprometerse con la sociedad, dedicarse en cuerpo y alma al estudio, pero sin dejar de lado la cultura y la ética, esto es el fundamento del comportamiento profesional que el maestro Cieza nos ha enseñado.

Todo lo que hay que enseñar ya está en los libros o en el internet, el conocimiento está al alcance de las manos, las habilidades pueden ser impartidas por técnicos en los laboratorios de destrezas; sin embargo, las actitudes requieren de una dedicación personal al alumno acorde con la naturaleza de cada estudiante y al igual que un delicado trabajo de orfebrería. En cada uno habrá que dar o acrecentar la confianza, autoestima, amor por el doliente, apego a su trabajo y, por encima de todo, actitud para dar antes que afán por recibir.

Este es el verdadero trabajo del profesor de medicina, quienes lo logren serán llamados maestros y el Dr. Cieza es uno de los pocos profesores de medicina y médico que puede ser llamado, verdaderamente, un maestro.

Nadie, sin embargo, puede dar lo que no tiene. Un maestro requiere, en su ámbito interior, tener paz, tranquilidad, serenidad, e intensa vocación para crear y entregar; y, en lo exterior, confianza en el entorno, sustento social y reconocimiento de la

labor que realiza, así como el soporte material para atender con decoro las necesidades de su persona y las de su familia. El Dr. Cieza, a lo largo de su fructífera vida, nos ha dado demasiado de todo eso.

Un maestro va más allá de trasladar su vastedad intelectual, su actuación arrastra su conducta, su personalidad, sus emociones, su integridad, todo ello conjugado en los actos que lo caracterizan y en esto último yo solo puedo reconocer y recordar del Dr. Cieza entrega total a sus pacientes, a su familia, a sus amigos y a sus alumnos.

Cajamarca es esa tierra bendecida que en el año 1949 vio nacer al Dr. Javier Cieza, de padres cajamarquinos y de profesión maestros, tantas veces mencionados como el vivo ejemplo de rectitud, disciplina, honestidad y profesionalismo, valores practicados y pregonados por el Dr. Cieza durante toda su vida.

Sabiendo lectura y escritura básica ingresó al colegio a los cinco años en el Colegio Marista Cristo Rey. Hay mil anécdotas que contar en esa época por ello transcribo las palabras de las personas que lo acompañaron durante esa época, amigos de la Promoción Montoya- Baldazzi del Colegio Marista Cristo Rey de Cajamarca.

“Querido Javier:

Nada mejor que las circunstancias que nos invitan a hurgar en el tiempo, para propiciar el encuentro con los recuerdos de los mejores momentos de nuestras vidas.

Son muchas las memorias que nos habitan, pero vamos a circunscribirnos a aquellos acontecimientos marcados por los años escolares.

Es allí donde destaca tu imagen como el mejor amigo de todos y como el referente más acertado de esa época que nos acompañará siempre.

Es imprescindible mencionar la presencia de tus padres, cuya positiva influencia se ha reflejado en todos los aciertos que han hecho de ti el motivo de orgullo y admiración que ahora celebramos.

Don Corsino y la Sra. Esperancita adoptaron a la promoción y nos hicieron sentir parte de una gran familia, donde los sueños y el optimismo frente al futuro eran una constante. Condición que sin duda influyó en la realización de muchos de nosotros, tus compañeros de ese segmento de vida

Son muchas las anécdotas de aquellos tiempos; sin embargo, aquella vez en que comenzaste ejercicios de hipnotización llegando a experimentar con algunos voluntarios se mantiene en nuestra memoria. Sobre todo, frente a tu imposibilidad de devolver al voluntario a su estado normal.

Gran susto, gran preocupación y grandes carcajadas una vez superado el impase.

Imposible olvidar cuando fuiste elegido por la promoción como presidente de la misma, ignorando que tal elección sería de forma vitalicia. Contigo se programó una serie de actividades que convocaron la participación de madres y padres interesados en apoyar las iniciativas que nos permitieron recaudar un fondo para la gran excursión.

Gracias a ello se pudo entregar una bolsa de viaje a cada uno de los compañeros. Resultado excepcional que constituyó un referente para las futuras promociones, al haber sido el primer viaje que llegó a Bolivia y Chile desde la añorada tierra que nos vio nacer: Cajamarca la bella.

Ahora que se agitan en los recuerdos los eventos memorables de los años dorados, es imposible no mencionar la medalla de oro que te fue otorgada al destacar como el mejor alumno de la Promoción, siguiendo así una tradición marcada por el reconocimiento que recibiste cada año de tu paso por el Colegio Cristo Rey de los Hermanos Maristas de Cajamarca. Hay tanto en el cajón de los recuerdos que sería imposible resumir en unas líneas las experiencias de una década. Por lo tanto, solamente recibe el inmarchitable afecto de tus compañeros de escuela con todo el respeto, la admiración y el fraternal cariño que gestamos en nuestros primeros años.

Un abrazo

Tus compañeros de la Promoción Montoya-Baldazzi”

Para mí fue una novedad aquella escondida habilidad del hipnotismo, aunque nunca necesitó de ella para convencernos cuál es el camino correcto en la delicada responsabilidad de cuidar de los enfermos y las personas dolientes.

Decidir estudiar medicina fue su mejor decisión al bordear el cuarto año de secundaria, aunque estoy seguro que si la decisión hubiera sido ser músico le hubiera dado al país unos de los mejores músicos de su historia sin lugar a dudas.

Aprendió el arte de tocar piano y acordeón, instrumentos con que nos acompañaría muchas veces en agradables tertulias, a veces celebrando ocasiones importantes y otras tantas solamente celebrando la amistad.

Vino a Lima en el cuarto año de secundaria a estudiar en la Academia Cruz Saco donde reconoció que algunas materias del quinto año necesitaban un estudio más profundo, y por ello de retorno a Cajamarca acudió a la Universidad Nacional de Cajamarca a escuchar clases de física, química y matemáticas que se dictaban para los alumnos ingresantes. Creo que el camino del entendimiento no solo de las personas sino del universo que lo rodea había empezado.

La elección de la carrera de Medicina fue un proceso largo y lento que a esa edad puede no haber sido totalmente entendido, aun cuando comprendía que ser médico era una forma de vida más que una profesión y que tenía mucho que ver con el buen trato a las personas y con la solidaridad.

Con ese preámbulo empezó su exitosa historia en una universidad recientemente creada pero que traía detrás suyo los valores más nobles de la profesión médica y de los maestros que la fundaron.

No era frecuente que quienes estudiaron en el llamado “curso de verano” de la Academia Cayetano Heredia, liderada por el Dr. Marcial Ayaipoma, tuvieran la suerte de ingresar. Él fue uno de ellos en el verano de 1966. Aquel año postularon 917 alumnos e ingresaron 61, ocupando el puesto 56.

Ese fue el comienzo de una historia exitosa en medicina y nefrología que ha sido además el éxito y satisfacción de los pacientes que ganaron un médico brillante pero principalmente humano, solidario y preocupado del bienestar de todos los que le extendieron la mano para buscar salud y consuelo.

El doctor Cieza perteneció a la promoción 1973 de la Facultad de Medicina, y sus primeros años reflejaron el cambio que representó para algunos jóvenes estudiantes provincianos el ingresar a una universidad altamente competitiva, por lo que sus calificaciones no fueron las mejores al inicio, pero conforme transcurrió su vida académica se fue adaptando no sin haber pensado muchas veces en patear el tablero y considerar al grupo de estudiantes provincianos como “lobos esteparios” de esa comunidad universitaria.

Su vida universitaria se caracterizó por innumerables horas de biblioteca, interacción con sus compañeros y una dedicación ahora en nuestros tiempos poco frecuente o casi inexistente a la política, la filosofía, la economía, el arte, la música y el cine.

Todo ello fue cultivando un espíritu humanista que le permitió entender al ser humano en su totalidad física y metafísica como me lo hacía ver en las innumerables charlas sostenidas con un café y un paquete de galletas o el famoso “keke de vainilla de Lucy”, que deseábamos que no se acabara para que nuestra amena conversación se prolongara.

Resaltó en sus estudios de pre-médicas la sólida formación en ciencias básicas y humanidades como

la base para una formación médica más humana que humanista. Esas ciencias básicas que han perdido poco a poco el lugar preponderante como la base de la formación profesional; y, siempre nos recordó que se debe retomar la importancia que dichos estudios tenían en los primeros años de universidad.

Durante sus años en clínicas resaltó las guardias realizadas en el hospital de emergencias donde compartió experiencias e hizo amistades hasta la actualidad con alumnos de las otras dos facultades de medicina existentes, San Marcos y Federico Villareal.

Durante su vida estudiantil participó activamente en la asociación de estudiantes (AECH) como vocal de Proyección Social y junto al Dr. Antonio Belda, ahora radicado en Canadá, fueron promotores de actividades como el Club de Paracaidismo, el Club de Fotografía y el Cine Club. Había profesores invitados, quienes generalmente enseñaban a ver el cine desde otros puntos de vista.

Se vivía los conceptos ideológicos sobre el mundo muy profundamente y la vida universitaria era parte de un compromiso personal que se tradujo en compromiso con la ciencia y la sociedad. Fue una época además de intensa participación política pero que, a diferencia de lo que vivimos en la actualidad, ella estaba basada en el ejemplo de los superiores, el respeto al semejante, la disciplina personal y la curiosidad por el conocimiento.

La especialidad de nefrología lo albergó en el Hospital del Rímac, hoy Hospital Cayetano Heredia. Su tesis de bachiller versó sobre la toxicidad renal de la anfotericina B, que le permitió un acercamiento a profesores como los Dres. Hugo Lumbreras Cruz, Carlos Monge Cassinelli y César Torres Zamudio, quienes fueron los mejores ejemplos para su vida profesional y con quienes compartiría la eternidad en el manzano de los maestros de nuestra universidad.

Tanto el Dr. Monge como el Dr. Torres se desempeñaron como nefrólogos y de allí su inclinación por esta especialidad. Pesó mucho el ejemplo antes que una racionalidad en la elección. Reconocemos la influencia del Dr. Oscar Situ por su disciplina, puntualidad y calidez como cualidades ejemplares que el médico debiera llevar como parte propia de su ser.

Durante y después de su especialización como nefrólogo en el Hospital Nacional Cayetano Heredia, dedicó algunos años al trabajo en el laboratorio. Los cuatro años subsiguientes al término de su especialidad, en 1979, trabajó casi exclusivamente en proyectos de investigación de la especialidad fuera del ámbito de nuestra universidad, gracias al inmenso apoyo que tuvo de los doctores Carlos Battilana y Vilma Santibáñez, profesores de San Marcos, quienes además lo introdujeron a la docencia formal como profesor de nefrología en la Facultad de Medicina de San Marcos, conocida como San Fernando.

El año 1982, retornó al Servicio de Nefrología del Hospital Cayetano Heredia, gracias a una fraterna invitación para trabajar como “asistente libre” de parte de los profesores Torres y Situ. En 1988 pasó a ser asistente del Servicio de Nefrología y profesor auxiliar de la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

Durante esos años se dedicó de lleno al estudio del modelo cinético de la urea a partir de las observaciones estructuradas de datos analíticos lo que le proporcionó una visión global del funcionamiento del ser humano a través de ese órgano apasionante que es el riñón.

Aprendió nuevos puntos de vista sobre el enfermo: entenderlo como una unidad integrada y, simultáneamente, fraccionada, en una situación constantemente cambiante.

Su aporte a la especialidad y a la salud renal en el Perú se ha dado de muchas formas, que incluyen una vasta producción científica publicada en

revistas nacionales y extranjeras, así como el avance tecnológico a través del desarrollo de una máquina de hemodiálisis. Ocurrió un mediodía en el antiguo comedor universitario, cuando sentados en una mesa con el Dr. Juan Miyahira, se les unió el Dr. Alberto Cazorla, en ese entonces rector de la universidad, quien al no encontrar mesa vacía los honró con su compañía. Aquella época, donde las autoridades se encontraban realmente cerca de alumnos y profesores en el cotidiano devenir de la vida universitaria.

Durante el coloquio afloró el proyecto que realizó para construir un prototipo de máquina para hemodiálisis, como uno entre tantos mecanismos para enfrentar un problema de salud, como lo era y es la insuficiencia renal crónica terminal. “Mañana a las doce quiero verte a ti y a tu máquina en el Rectorado y si hay algún problema con el transporte de la máquina me avisas”, comentó el Dr. Cazorla, quien al día siguiente no podía creer que se trataba de una pequeña máquina transportable. Sorprendentemente, se encontraba allí también el presidente del CONCYTEC, Ing. Carlos del Río. Observaron la máquina y su funcionamiento y, aunque su estructura era aún precaria, apreciaron las probabilidades de un ejemplo de desarrollo tecnológico propio. “Es necesario ponerle un cascarón o algo que la haga parecer una máquina, para mejorar la presentación”, comentaron. Fue así que presentó su prototipo a CONCYTEC en 1988 e hizo un nuevo diseño en el año siguiente. Finalmente, trabajó veinticinco unidades de máquinas con un modelo bipersonal desarrollado en 1989. Estas máquinas de diálisis sirvieron en la época de la epidemia del cólera para tratar pacientes con insuficiencia renal aguda, lo que motivó el reconocimiento de la sociedad con el Premio Nacional COSAPI 1992 al aporte en la innovación tecnológica.

Con el tiempo se patentó la máquina en el modelo bipersonal y generó el registro industrial con el nombre de Duodial. También se generó una pequeña

empresa para la producción comercial, situaciones que persistieron hasta el 2005. Desarrolló cuatro generaciones de máquinas cuyo mayor aporte social se evidenció en la época de la epidemia del cólera, allá por el año 1991, cuando con estos equipos se asistió a no menos de 300 pacientes con falla renal aguda, afectados gravemente por la enfermedad, lo que implicó una reducción de la letalidad de la enfermedad de 4%, conocida hasta ese entonces, a menos del 1%, y en el Hospital Cayetano Heredia a casi cero.

Javier Cieza fue también además presidente de la Sociedad Peruana de Nefrología entre los años 1997 y 1998

En su trayectoria profesional tanto en la UPCH como en el Hospital Cayetano Heredia destacó en las siguientes actividades:

Director de la Biblioteca Central de la UPCH por dos años y medio, dentro de una nueva propuesta que la Universidad hizo a través de la Dirección Universitaria de Investigación y Formación Científico-Técnica, que juntaba todo lo que era investigación con información y con desarrollo tecnológico.

Por aquellos años se profesionalizó la biblioteca. Por entonces, había escasos profesionales trabajando en ella. Inicialmente, captó bibliotecólogos, luego un ingeniero informático y de sistemas y un programador analista, así como un agente de mercado para poder entender las necesidades de nuestros alumnos y de otras universidades para concluir en las mejores reformas administrativas convenientes. Este periodo culminó hacia el año 2000, cuando dejó el cargo para dedicarse a plenitud a su labor asistencial en el Hospital Cayetano Heredia. Allí se “topó” con la presidencia del Cuerpo Médico del hospital, no la buscó, se “topó”, tal cual nos lo contó muchas veces.

Un grupo de colegas le solicitó asumir la Presidencia del Cuerpo Médico del HNCH, al parecer, a falta de otro candidato. Estando ya en el cargo, cayó el gobierno de Fujimori. Como consecuencia, la Federación Médica Peruana pidió cambio de los directores hospitalarios y, lamentablemente, o afortunadamente, diría yo, el Dr. Cieza se encontraba en ese momento en el pico de la ola, dado que era presidente del Cuerpo Médico, por lo que le tocó la ingrata labor de enfrentar esa coyuntura y luego de una elección terminó en la terna propuesta por el Cuerpo Médico para ser director del HNCH.

Algunos días después recibió el llamado del ministro de Salud y le comunicó que había considerado nombrarlo director del HNCH, situación que aceptó mientras ocurriera la transición política que el país demandaba. Ocupó, como consecuencia, la Dirección General del hospital durante nueve meses, suficientes para ganarse muchos amigos y unos cuantos enemigos pero que, fundamentalmente, sirvió para la posteridad y la historia como el mejor ejemplo de una gestión pública honesta y eficiente pensando en el bien común, de los pacientes y de las personas responsables de ellos, esa manera de ver nuestras responsabilidades que hace tanta falta en estos días en los servidores públicos.

Ejerció posteriormente la Jefatura del Departamento de Medicina, entre los años 2003 y 2005. Tanto como director general, así como jefe del Departamento Asistencial de Medicina, tuvo la gran satisfacción de trabajar con residentes de administración de salud y aprender la trascendencia de esta valiosa especialidad que, como nos mencionó muchas veces, no tiene el lugar que le corresponde en la formación de especialistas de nuestra universidad. Reconoció además el gran aporte que siempre ha tenido en su vida profesional el Dr. Luís Pro Delgado, entrañable amigo y excelente profesor. A nivel docente, fue profesor de medicina y nefrología en el pregrado y en la especialización

en nefrología, coordinador de la especialidad de nefrología en la sede del Hospital Cayetano Heredia, docente en metodología de la investigación en el pregrado y el posgrado de la UPCH y de la Universidad San Agustín de Arequipa.

En su vida profesional, además, gestó y mantuvo una pequeña empresa de servicios de hemodiálisis, donde atendió sesenta pacientes constantes por más de 26 años. Muchos alumnos pasamos por ese entrañable centro de diálisis y en las acostumbradas sesiones de lectura crítica de artículos científicos que de manera brillante condujo durante tantos años.

Todo esto le permitió vivir los grandes cambios que ha sufrido la nefrología en el mundo, en nuestro país y en nuestro hospital.

Se desempeñó, además, como director de la Oficina de Personal Docente; y, como director del Centro Editorial de la nuestra universidad, convirtiéndolo en un ente productivo de textos y libros editados por él mismo y en un referente de producción bibliográfica única en su género y ejemplo de eficiencia e innovación acorde con la demanda y las necesidades de los estudiantes y el público en general. Prueba de ello son los textos que editó en el campo de la especialidad *Medio Interno*, *Injuria Renal Aguda* y la serie de libros sobre salud en palabras sencillas. Todos ellos han permitido a sus colaboradores conseguir el ejercicio de la escritura y la reflexión a los niveles que nunca se pensó llegar, ni qué decir del libro *Del Ser Médico*, inspiración y motivación para ser mejores médicos cada día pero, principalmente, mejores personas, frase que nos recordaba día a día en cada actividad, en cada visita en cada pequeña acción con un paciente.

Mención aparte merece la cercanía que tuvo con los alumnos de todos los niveles, siempre dispuesto a apoyar cualquier iniciativa de los estudiantes para para desarrollar espacios académicos fuera de las aulas universitarias.

Los grupos de lectura crítica, con lo que muchos de nosotros aprendimos la esencia de la lectura estructurada de la información bibliográfica, nos enseñaron a no creer en verdades absolutas y cuestionar las supuestas verdades cuando los caminos utilizados para llegar a ellas no fueron los más adecuados.

Finalmente, tomo algunas de sus palabras como un mensaje final de este breve relato, Lo que siempre nos dijo a sus alumnos y que resume en esencia su vida académica, profesional y personal:

“Creo que, en primer lugar, si piensan ser médicos lo primero por lo que hay que preocuparse es de ser una buena persona. Si ello falla, las demás cosas como la información o la técnica tiene muy poco valor. Si eres una buena persona no lo va a decir uno, lo dirán otros, pero está en uno mismo generar la forma de ser capaz de conjugar la satisfacción personal con la satisfacción y el bien ajeno. Ese camino pasa por la preocupación de una auténtica formación humanística donde la cultura general es piedra angular. ¿Cómo poder entender a nuestros enfermos si acaso no tenemos idea de cómo son, de dónde han nacido y de cómo se han formado para concebir la salud y la enfermedad? Es muy importante además tener información adecuada, correcta y coherente, y eso no sólo significa leer, si no pensar lo que se ha leído, haberlo analizarlo y saber cómo se puede utilizar esa información en una persona concreta.

Tener el entrenamiento adecuado para la aplicación ética de las técnicas necesarias. Recordar que el paciente no es de ninguna manera un sujeto de curiosidad médica, es ante todo una persona doliente que solicita alivio de su dolor de la mejor manera posible de acuerdo a una circunstancia determinada, donde el médico es el depositario de esta confianza.”

Creo que a lo largo de la vida hay personas que nos marcan, personas que dejan huella y que tienen cierto nivel de influencia en la formación de la persona en la que uno se convierte. Hay amigos, parejas, padres y familiares, pero, sin duda, quienes ayudan a formarte a lo largo de la vida, además de tus padres, son esos maestros que, a diario, se esfuerzan por entregarte las herramientas necesarias para que te desenvuelvas con bien en la vida.

En ese sentido, creo que si todos tuvieran un 1% de lo que el Dr. Javier Cieza Zevallos nos entregó a lo largo de su vida, de forma abierta y desinteresada,

todos nosotros haríamos una mejor medicina, cuidaríamos seguramente mejor a nuestros pacientes, y fundamentalmente, seríamos mejores personas y ciudadanos.

El vacío que deja su ausencia física será imposible de llenar, pero no hay maestros sin discípulos y hoy en día que lo siento tan distante y tan cercano a la vez en todos los recuerdos que me embargan, cuesta entender que la muerte es parte de la vida. Pero es necesario que el discípulo se aleje del maestro para, tiempo después, volver cargado de vida e historias, capaces de nublar los ojos de alegría y triunfo. Rogaré a Dios que, si algún día mis ojos se nublan, de tal manera que no pueda ver más lejos de mi propia nariz, el solo recuerdo de usted me ayude a reconciliarme con mis raíces estudiantiles, aceptando con humildad el camino que me hace falta para llegar a ser lo que usted ha sido a lo largo de su vida. Porque recordar es eso, volver a traer al corazón aquello que en algún momento se alojó en él.

Lo digo para bien, todo estudiante en tanto estudiante debe reconocerse como limitado, y mis límites se encuentran dentro de sus enseñanzas. El día en que me proponga superar sus límites, de estudiante a maestro, entonces seré alguien honrado de ser

reconocido como todos nosotros le reconocemos. Ya llegará el día y ese día vivirá con más fuerza en mi corazón. Por ahora me limito a ofrecerle las palabras que salen de él, y que seguramente también saldrían del corazón de sus amigos, sus alumnos y sus pacientes.

Sé que nos volveremos a encontrar en algún lugar del tiempo y el espacio y cuando volteo hacia usted y le salude, como discípulo, como colega, como el que guarda silencio y escucha, pero como el que, oportuno, habla mirándole al rostro, volveremos a sonreír y recordar todo lo vivido y aprendido. Sepa usted que no nos despedimos, al contrario, nosotros esperamos ser dignos de levantar el rostro y reconocernos como sus discípulos. Lo saludamos, Maestro, con todo nuestro corazón.

Gracias por tanto maestro. Que en paz descanse.

Correspondencia:

Cristian León-Rabanal, cristian.leon.r@upch.pe

Lima, 25 de febrero del 2022.

Nota del editor: El Dr. Javier Antonio Cieza Zevallos -profesor principal del Departamento de Clínicas Médicas de la Facultad de Medicina y profesor emérito de la UPCH- falleció en Lima, el 7 de enero del presente año.